

LIBROS | CRÍTICA DE 'PORQUE YA NO QUEDA TIEMPO'

## Ese desorden que ruge

La nueva novela de Rafa Cervera da cuenta de una vida a través de un álbum de fotos mezcladas

FERNANDO NAVARRO 

3 JUL 2020 - 17:43 CEST



Dice Rafa Cervera que “escribir es intentar sofocar la fiebre del alma”. Su nuevo libro, *Porque ya no queda tiempo*, comienza con un epitafio porque, según su autor, “a veces, hay que morir para que nos presten atención”. A partir de esa muerte anunciada, metáfora con la que poner todas las cartas sobre la mesa, Cervera da cuenta de una vida, perfilada a modo de un álbum de fotos mezcladas, que nace en la calle de Palomar de Valencia, pero saltará, como una nota discordante que busca armonía, a Madrid y Nueva York hasta recalar en El Saler, el paraje protegido valenciano, entre la Albufera y el litoral mediterráneo, donde observa todo el recorrido. Un recorrido que se

preocupa, especialmente y con elegancia, del paso del tiempo, o, como se escribe, de “cuando las circunstancias van maleando la vida”, y que, al final, termina por dar cuenta del propio mundo interior de su autor, todo ese “desorden que ruge” y que guarda “una fuente de energía imprescindible, esencial” en la música.

“A través de la música llegué a casi todo”, escribe Cervera, quien es una de las firmas más reputadas de periodismo musical español. En 2017 publicó su primera novela, *Lejos de todo*, que le valió el premio de la Crítica Literaria Valenciana, y ahora ofrece un prisma emocional más profundo con un libro en el que la literatura resuena por encima de todo hecho biográfico. Si David Bowie condicionaba la trama en *Lejos de todo*, aquí es Lou Reed, al que el escritor ha entrevistado en varias ocasiones, quien se erige como la gran seña de identidad para dar sentido a una reflexión que brota al comienzo: “Qué escurridiza resulta la idea de la normalidad”. Escurridiza ante la mirada hacia la infancia, la adolescencia, el amor, el sexo y la familia. La literatura de Cervera se desliza luminosa y sutilmente como ese sol mediterráneo que se intuye en cada paisaje o pensamiento que dibuja con prosa sencilla y economía de medios. Es más evocadora que concisa, más contemplativa que tajante. Y, bajo esa piel narrativa de observador melancólico, palpita el mayor logro del libro: evocar el amor, ese don que nos hace visibles en la oscuridad y eternos en la fugacidad, desde la soledad.